

car la vida de las verdades todas y es para que aquellas que parecen serlo y no lo son se nos muestren como en realidad son, como no verdades ó verdades aparentes tan sólo. Y lo más opuesto á buscar la vida en la verdad es proscribir el examen y declarar que hay principios intangibles. No hay nada que no deba examinarse. ¡Desgraciada la patria donde no se permite analizar el patriotismo!

Y he aquí cómo se enlazan la verdad en la vida y la vida en la verdad, y es que aquellos que no se atreven á buscar la vida de las que dicen profesar como verdades, jamás viven con verdad en la vida.

El creyente que se resiste á examinar los fundamentos de su creencia es un hombre que vive en insinceridad y en mentira. El hombre que no quiere pensar en ciertos problemas eternos es un embustero y nada más que un embustero. Y así suele ir tanto en los individuos como en los pueblos la superficialidad unida á la insinceridad. Pueblo irreligioso, es decir, pueblo en que los problemas religiosos no interesan á casi nadie—sea cual fuere la solución que se le dé—es pueblo de embusteros y exhibicionistas, donde lo que importa no es ser, sino parecer ser.

He aquí cómo entiendo lo de la verdad en la vida y la vida en la verdad.

*Salamanca, Febrero de 1908.*

## DE LA CORRESPONDENCIA

### DE UN LUCHADOR

“¿Pero qué te propones con todo eso? ¿á qué término van enderezados esos todos tus esfuerzos? ¿qué resultado persigues?”

¿Y eres tú, mi querido y fiel amigo, el que me lo preguntas? ¿eres tú?

Aunque sí, tú te imaginas luchar por la victoria y yo lucho por la lucha misma. Y como ya te oigo replicarme que la lucha es un medio y no un fin, me adelanto á decirte que nunca supe bien y cada vez sé menos la diferencia que hay de fines á medios. Y si la vida, que no es más que lucha, es un fin, según tú dices y yo no lo creo, entonces puede muy bien serlo la lucha misma.

No me prediques la paz, que la tengo miedo. La paz es la sumisión y la mentira. Ya conoces mi divisa: primero la verdad que la paz. Antes quiero verdad en guerra que no mentira en paz. Nada más triste que enterarse en vivir de ilusiones á conciencia de que lo son. Al que oigas decir “Hay que man-



tener las ilusiones", estímale perdido; pues ¿cómo ha de mantenerlas si las sabe ilusorias? No, amigo, el arte no puede reemplazar á la religión.

Busco la religión de la guerra, la fe en la guerra. Si vencemos, ¿cuál será el premio de la victoria? Déjalo; busca la lucha, y el premio, si le hay, se dará por añadidura. Y tal vez ese premio no sea otro que la lucha misma.

¿No conoces acaso las horas de íntima soledad, cuando nos abrazamos á la desesperación resignada? ¿No conoces esas horas en que se siente uno solo, enteramente solo, en que conoce no más que aparential y fantástico cuanto le rodea y en que esa aparentialidad le cifie y le estruja como un enorme lago de hielo trillándole el corazón?

La lucha es fragor y estruendo —¡ benditos sean!— y ese fragor y estruendo apaga el incesante rumor de las aguas eternas y profundas, las de debajo de todo, que van diciendo que todo es nada. Y á estas aguas se las oye en el silencio de la paz y por eso es la paz terrible. La lucha es el tiempo, es el mar encrespado y embravecido por los vientos, que nos manda sus olas á morir en la playa; la paz es la eternidad, es la infinita sábana de las aguas quietas. Y la eternidad, ¿no te aterra? ¿Qué vas á hacer en toda ella tú, pobre ola del mar de las almas?

¿Te acuerdas de aquellas noches de invierno en que en derredor á la hoguera del viejo tronco de la encina muerta divagábamos —¡ dulce tristeza de consuelo desesperado!— las eternas divagaciones de

los hombres nacidos del barro? Porque allí éramos hombres. El uno dejaba de ser labrador, el otro médico, el otro abogado, cada cual se desnudaba de su oficio y quedábamos los hombres.

La visión de las llamas de una hoguera es como la visión de la rompiente del mar; las lenguas de fuego nos dicen lo mismo que las lenguas de agua. Lo mismo que ellas se hacen para deshacerse, rehacerse y volverse á hacer. Y nuestra conversación era la de los hombres cuando se sienten en presencia de la eternidad, la de cómo se van los días y cómo nos vamos haciendo viejos, la de

cómo se pasa la vida,  
cómo se viene la muerte,  
tan callando.

¡Sublime lugar común y eterna paradoja viva! Eterna paradoja, sí, esto de que ser sea dejar de ser, esto de que vivir sea ir muriendo. Y morir, dime, ¿no será acaso ir viviendo?

Me sucede hace ya algún tiempo una cosa paavorosa, y es que el corazón parece haberseme convertido en un reloj de arena y me paso los días y las noches dándole vueltas. Jamás sentí —para la atención en esto: sentí— jamás sentí de tal modo el correr el tiempo corre, que todo se nos va de entre las manos. Sabía, sí —¿quién no lo sabe?— lo sabía, pero no lo sentía como lo siento ahora. Ya no es que se me agranda mi pasado, que aumentan mis



recuerdos; es que se me achica el porvenir, que disminuyen las esperanzas. No es ya la infancia que se me aleja y con ella mi brumoso nacimiento; es la vejez que se me acerca y mi brumosa muerte con ella. ¿Comprendes ahora lo de la lucha?

Hay quien cree en el goce del viejo combatiente, que harto de pelear é incapaz ya para la pela, se retira á su hogar nativo á disfrutar de sus recuerdos de gloria; yo no creo en eso. ¡Pobre veterano! ¡Pobre veterano, que consuela su descanso con recuerdos de fatiga!

¡Sí, descansar, sí, cuando ya no se puede más. ¿Conoces acaso frase de más lúgubre despedida que "descansen en paz"? El que descansa se despide.

Hay, sin embargo, dos descansos: uno pasajero, para volver á la pelea después de haber recobrado fuerzas, y este descanso es como el sueño, preparación para la vela; y otro definitivo y sin cesación duradero, que es como la muerte, fin de la vida. ¿Y no has temblado nunca al acostarte con el pensamiento de que no hayas de despertar? ¿No te ha quitado el sueño el imaginar que ese sueño se te hiciera eterno?

Quando el astuto Ulises bajó á la morada de los muertos, á los campos en que vagan las imágenes de los mortales rendidos, encontróse allí con la sombra del arrogante Aquiles. Quiso consolar al luchador y éste, al contestarle, le dijo estas palabras aladas: "No me consueles de la muerte, ilustre Ulises; antes querría estando de gañán sobre la tierra servir

otro, á un labrador pobre, de poca hacienda, que reinar sobre los muertos todos." Aquiles, en la morada del eterno descanso, suspiraba por los combates de Troya. ¡Oh, si nunca se hubiera tomado la ciudad sagrada!...

Pero, por otra parte, ¿de qué crees tú que murió la segunda vez, cuando murió ya para siempre, Lázaros? Murió de soledad. Aquel hombre, que había una vez gustado la muerte y su reposo, sentíase solo, solo, solo entre los vivos que nunca habían muerto. Llevaba en los ojos, en el timbre de la voz, en el ritmo de su marcha, el resplandor del eterno descanso, y sus hermanos en humanidad temblaban ante él como ante un dios desconocido. Y sentíase solo, solo, solo. La realidad de los otros no era realidad para él.

¡La realidad! ¿No te has fijado nunca con qué tono de suficiencia hablan del sentido de la realidad los que no luchan sino por la victoria pasajera? ¡El sentido de la realidad! He aquí una de las expresiones favoritas de los que llaman paradoja á todo cuanto ignoran, y no es poco. Creen vivir en la realidad porque viven en la sobrehaz de las cosas, y ese llamado sentido de la realidad no es más que el miedo á la verdad verdadera. Y luego les sorprenden los terremotos que vienen de debajo, de muy debajo de la realidad. Porque ésta no es sino la corteza de la vida.

Quando tengas una de esas horas en que el alma se adueña de sí misma y toca á su propia divinidad,



acuérdate de Lázaro, acuérdate de la soledad de Lázaro.

Ningún hombre divino puede ejercer en vida el influjo que ejerce después de muerto. Por grande que sea la obra de uno que respira el aire del mismo día que tú respiras, no puede renovarte el corazón, como la obra del que ha dejado ya de respirar el aire. Es un muerto el que te habla. Y á un muerto no vas á pedirle sentido de la realidad; es decir, que se aliste en tu cofradía.

¡Pobre Lázaro! El amor de sus hermanas le obligó á vivir desterrado en la tierra. Y él se resignó á esta segunda vida y se resignó á ella por amor á Jesús, que le amaba con amor de lágrimas. Las lágrimas de Jesús, rocío de lo eterno, fueron el bautismo de su segunda vida. Y por Jesús llevó á cuestras la cruz de la soledad.

¡La cruz de la soledad! ¿No has sentido en alguna de esas noches insondables, sin luna, sin rumores y sin nubes, el peso de las estrellas sobre tu corazón? ¿No has sentido al áureo celeste camino de Santiago pesar sobre tu alma como cruz de soledad? Esto suele ser después de un día en que arreció el combate.

Yo, cuando he sentido sobre mi corazón el peso de la cruz de la soledad en alguna de esas noches insondables, sin luna, sin rumores y sin nubes, mirando á las estrellas, me he acordado de aquello de que Dios entregó el mundo á las disputas de los hombres y de aquello otro de que el reino de Jesús no es de este mundo.

“¿Me entenderán?” —me preguntabas una vez; ¿te acuerdas? Y yo te respondí: “¿Y qué importa que los hombres no quieran entenderte, si tus palabras posan para siempre en la soledad?”

¿No has observado cómo una de las más frecuentes divisas de la insondable vanidad humana es la frase aquella de: no estamos conformes? A todo pobrecito no se le ocurre para afirmar su personalidad otra cosa que “no estamos conformes”. Y ¿qué importa que esté ó no conforme con nosotros? Es un santo y seña de defensa; teme que le tomen por asalto su desmantelado castillejo interior.

No me importa, pues, que estés ó no conforme conmigo; no me importa que los demás lo estén, pues no los busco para que me ayuden á lograr la victoria. Los busco para luchar, no para vencer, y lucho para soportar la cruz de la soledad, que en la paz me aplasta el corazón. Y quiero que todos luchemos, porque de la lucha brota el amor. Peleando unos con otros es como aprenden á quererse, es decir, á compadecerse unos á otros los hombres. Juntos descansan, y en la misma paz, los que en el campo de batalla quedan muertos. La guerra ha sido y es la madre de la compasión, que llamamos amor; la paz es la madre de la envidia. La vida y el sosiego son para exponerlos á cada momento; sólo así alcanzan su debido precio.

Y ahora, mi querido y fiel amigo, ¿volverás á preguntarme qué me propongo con todo cuanto hago, á qué término van enderezados mis esfuerzos y qué re-



sultado persigo? Sí, volverás á preguntármelo, estoy de ello seguro. Mi respuesta no puede satisfacerte, carece de eso que llamáis sentido de la realidad, y después de leerla te quedarás diciendo: no dice todo, es decir, no dice en sustancia nada; aún queda algo por debajo que se calla. No, eso que tú crees que me callo no queda por debajo, sino por encima de lo que te digo. Tú vives entre los otros —ya sabes quiénes son los otros, los que Platón llamaba “los muchos”—, y éstos, los otros, cuando ven que alguien no sigue su camino se dicen: ¡Bah, afán de notoriedad!

Pero, en fin, ¿qué le vamos á hacer? La vida es volver á empezar cada día, esto es, volver cada día á acabar. ¡Dios entregó el mundo á las disputas de los hombres! ¡Pobre mundo y pobres hombres!

Esta carta jamás tuvo contestación —me dijo al enseñármela el que la había recibido.

## EL CRISTO ESPAÑOL

Era un extranjero, un sudamericano, y venia de París. “Pero estos Cristos, Dios santo—me decía delante de uno de los más sanguinosos que guardan nuestras catedrales—estos Cristos... ¡esto ahuyenta, repugna!...” “A quien no conserve algo del culto al dolor, le dije”, y él á mí: “Pero el dolor no es la sangre, hay dolor incruento, hay dolor sereno.” Y entramos á hablar de ello.

Le confesé que tengo alma de mi pueblo, y que me gustan esos Cristos lívidos, escuálidos, acardenalados, sanguinosos, esos Cristos que alguien ha llamado feroces. ¿Falta de arte? ¿Barbarie? No lo sé. Y me gustan las Dolorosas tétricas, maceradas por el pesar.

El Cristo español—me ha dicho muchas veces Guerra Junqueiro—nació en Tángier. Tal vez, tal vez es un Cristo africano. ¿Sería más Cristo si fuese ático ó parisiense ó inglés? Porque del otro, del galileo, del histórico, tenemos que despedirnos. Y eso de la historia aplicada al cristianismo... La historia es la de los veinte siglos, y aquí, en España, la his-



toría es española. Nació, pues, acaso en Tánger. No muy lejos de Tánger nació San Agustín.

El dolor incruento, sereno, purificado... Sí, sí, el dolor "estilizado", ó vamos al decir, artístico; el grito de dolor que ha pasado por el caramillo convirtiéndose en endecha. Muy bien. Y aquí encaja todo lo que Laoconte le inspiró á Lesing.

Muy bien, pero con esto pasa como con la ironía. Generalmente son irónicos ó ironistas—es más bonito llamarlos ironistas—los que no se indignan. El que se indigna, insulta. El ironista lo perdona todo y dice que es porque todo lo comprende. ¿Y si fuera que es porque no comprende nada? No lo sé.

Esta manera nuestra áspera, desabrida—le dije á mi amigo el sudamericano—no á todos se les hace soportable. Se ha dicho que en España abunda el odio. Tal vez; tal vez empezamos por aborrecernos á nosotros mismos. Hay aquí mucha, muchísima gente, que no se quiere á sí misma. Seguimos el precepto de "ama á tu prójimo como á ti mismo", y como, á pesar del inevitable egoísmo, no nos amamos á nosotros propios, tampoco amamos á los demás. El asceta y el inquisidor se hacen de la misma manera. Y no es que el asceta no sea egoísta, no; puede serlo, y mucho. Pero aun siendo egoísta, no sabe amarse á sí mismo.

Cuando usted vea una corrida de toros—seguí diciéndole—comprenderá usted estos Cristos. El pobre toro es también una especie de cristo irracional, una víctima propiciatoria cuya sangre nos lava de no

pocos pecados de barbarie. Y nos induce, sin embargo, á otros nuevos. ¿Pero es que el perdón no nos lleva ¡miserables humanos! á volver á pecar?

Mi amigo ha visto ahí, en Madrid, una corrida de toros; y me escribe:

"Tiene usted razón; el pueblo español gusta de los espectáculos fuertes, que procuran la emoción de lo trágico, ó más bien de lo feroz. Sin dificultad lo he comprendido así el domingo último en la corrida de toros. También lo he comprendido así conversando con diversas gentes, i particularmente con los literatos, los cuales se destrozan los unos á los otros con ferocidad sin igual. ¡Pobre Cristo lanceado i bañado de sangre! No hai esperanza de que en las catedrales de esta tierra española cicatricen alguna vez sus heridas i se relajen las muecas de su loco dolor—i es que aquí se ignora la vuelta de Jesús al cielo, tras el martirio."

Tal vez—¿quién sabe?—nuestro cielo es el martirio mismo.

Eso de la ferocidad con que se destrozan aquí mutuamente los hombres de letras es algo que ha llamado la atención de más de un extranjero que ha venido á conocernos. Sí, aquí todo el mundo, pero en particular artistas y literatos, se destrozan unos á otros con una ferocidad tauromáquica, ó no sé si cristiana, de nuestro cristianismo tangerino.

Y á mí que no me gustan los toros, que jamás voy á verlos, á mí que no me gusta despellejar á mis compañeros en letras, porque el oficio de descuarti-



zador ensucia las manos, á mí me gustan los Cristos tangerinos, acardenalados, lívidos, ensangrentados y desangrados. Sí, me gustan esos Cristos sanguinolentos y exangües.

Y el olor á tragedia. ¡ Sobre todo, el olor á tragedia!

Para poder sostener el género chico, han tenido que embutir en él su miajita de tragedia. La comedia, la alta comedia, con su ironía y demás mandangas, es un género eminentemente burgués, poco ó nada popular.

Cuando era yo estudiante, allá por el año 80, solía ir al paraíso del Español ó al de Novedades, á ver, mezclado entre el pueblo, hecho pueblo, *Don Alvaro ó la fuerza del sino*. Aquello resbalaba hasta los tuétanos de las almas de aquellos honrados albañiles, sastres, carpinteros ó matarifes.

Hay que leer en el relato que el gran Sarmiento hizo de su viaje á España, allá al mediar del pasado siglo, su comparación entre las corridas de toros y la tragedia. En las corridas de toros no hay las insoportables unidades de la tragedia pseudoclásica, y además allí se muere de veras. Se muere, y sobre todo, se mata de veras. Se mata al toro como un buen cristiano español de los buenos tiempos mataba á un perro infiel, de veras.

Todo esto hace para muchos, tal vez para mi amigo el americano, un ambiente difícilmente respirable, un ambiente acre. Pero en tomándole el gusto, ya otros ambientes resultan desabridos. Es como la aus-

tera hermosura del páramo. El que temple su alma, ó la destemple—no lo sé—en la contemplación de los Cristos ensangrentados y desangrados, no se hace luego á otros.

Y ese odio, ese mismo odio que como subterránea corriente de lava, circula aquí por donde quiera, ese mismo odio...

Surge de lo más profundo de nosotros mismos; nos odiamos, y no ya unos á otros, sino cada cual á sí propio.

“Pero ustedes no tienen verdadero amor á la vida, aunque tengan apego á ella”, me dijo una vez, como quien hace un descubrimiento, otro extranjero, éste francés. Y le respondí: “¡ Acaso!” Y volvió á exclamar: “¡ Pero esto es un verdadero culto á la muerte!” Y le repliqué: “¡ No, á la muerte, no!; ¡ á la inmortalidad!” El temor de si morimos, morirnos del todo nos hace apegarnos á la vida, y la esperanza de vivir otra vida nos hace aborrecer ésta.

*La joie de vivre*. Algunos han traducido esto: La alegría de vivir. Pero no es más que una traducción. Eso de la alegría de vivir es, digan lo que quieran, un galicismo. Esa no es una expresión castiza. No recuerdo haberla leído en ninguno de nuestros clásicos. Porque el delito mayor del hombre es haber nacido. ¡ Ya lo creo!

Y esa misma ferocidad literaria con que los hombres de letras se desuellan y descuartizan unos á otros á mordiscos y á arañazos, tiene su acre voluptuosidad para el que es testigo de ella. Y en esa



lucha es donde se templan nuestros ingenios. Muchas de las más jugosas producciones de éstos salieron de un cotarro de difamación. Y llevan, es natural, el acre sabor de su origen. Huelen á odio. Y el público, como olfatea odio, se revuelve conmovido y aplaude. Aplaude como en la plaza cuando huele á sangre. Sangre del cuerpo ó sangre del alma, ¿qué más da?

¿Es esto culto, es civilizado, es europeo? No lo sé. Pero es nuestro. ¿Y no será acaso verdad aquello de genio y figura hasta la sepultura?

Es cosa que debe dar que pensar aquello de que Schopenhauer admirara tanto á los españoles. Lo que en él era una pedantería tudesca, una posición académica, es tal vez en nosotros un sentimiento íntimo y real.

¿Avergonzarnos? ¿Por qué? Mejor zahondar en ello, escudriñarlo, hurgar las entrañas y dar plena conciencia á ese odio á nosotros mismos. Lo malo es mientras permanece inconsciente, pues una vez que se nos ha manifestado como tal, como odio de nosotros mismos, como aborrecimiento propio, está ya en camino de ser algo noble y fuerte y redentor. ¿No os acordáis de la terrible paradoja evangélica de que hay que odiar á sus padres, á los esposos, á los hijos, para tomar la cruz, la cruz ensangrentada, y seguir al Redentor? El odio á nosotros mismos, cuando es inconsciente, oscuro, puramente instintivo, casi animal, engendra egoísmo; pero cuando se hace cons-

ciente, claro, racional, puede engendrar heroísmo. Y hay un odio racional, sí, le hay.

Sí, hay un Cristo triunfante, celestial, glorioso; el de la Transfiguración, el de la Ascensión, el que está á la diestra del Padre, pero es para cuando hayamos triunfado, para cuando nos hayamos transfigurado, para cuando hayamos ascendido. Pero aquí, en esta plaza del mundo, en esta vida que no es sino trágica tauromaquia, aquí el otro, el lívido, el acardenalado, el sanguinolento y exangüe.



## EL RESORTE MORAL

Hoy me place hablar de ese país que nunca he visitado; de ese país del que sólo sé por libros, revistas y periódicos que de ahí me llegan; por cartas, por informes de personas que lo conocen de vista y trato.

Acabo de leer en *Nuova Antologia* de Roma, número 16 de Septiembre, un artículo titulado "Americanismi" y suscrito por Amy A. Bernardy. En él se nos pone en guardia contra todos los turistas y viajeros que van á los Estados Unidos con el propósito de escribir un volumen acerca de la vida americana, es decir, yanqui, en este caso. "El alemán que ha pasado un mes en Milwaukee, el francés que ha ido de Nueva York á San Francisco en el Overland Limited, ó del Canadá á Nueva Orleans sobre el directísimo del Sur, el austriaco que se ha detenido un mes entre los tes de la embajada de Washington ó las comidas de Saratoga, el repórter internacional que ha visto al presidente en un banquete, un *prize fight* en los bajos fondos de Nueva York, los *stockyards* en Chicago, á los indios, aunque sea en una *reserva-*



tion, las cascadas del Niágara y á los mormones, dice que ha visto América,” y la Sra. Bernardy nos dice que no basta verla, sino haberla vivido, y nos previene contra la obra de los Giacosa, Ugo Oritti, Max O'Rell, Le Roux, Bourget, etc.

Por mi parte puedo decir, que cada vez en que hablando con algún argentino ó algún español que haya residido allí durante años, le expreso alguna opinión respecto á ese país, adquirida en las fuentes que indiqué más arriba, me ataja diciendo: “¡ Oh, no; es menester haber vivido allí!” Y son varias las personas que me han dicho esto, y sus respectivos juicios apenas coinciden entre sí, y me he convencido de que ellos, á su vez, no tienen sino una idea muy parcial del propio país ó de aquel en que han residido largo tiempo. Es muy exacto aquello del refrán que dice: “cada uno habla de la feria según le va en ella”, y muy verdad también—y lo tengo comprobado cien veces aquí mismo—que los naturales de un país no se enteran de cosas que saltan á los ojos al que por primera vez llega á él. Les falta término de comparación.

Todo lo cual me ha traído á una conclusión paradójica—pues que han dado en decir que soy un cultivador de la paradoja no dejaré en mal lugar á los que tal dicen—y es la de que para escribir sobre un país, lo mejor es no haber estado en él, sino hacerlo sobre un caudal de informaciones indirectas, el más copioso que se pueda obtener, y cotejándolas entre sí. Y estoy persuadido de que si resucitara un

griego del tiempo de Pericles ó un romano de la época de Augusto y leyera lo que sobre aquella Grecia ó aquella Roma se ha escrito, exclamaría: “¡ He tenido que resucitar al cabo de los siglos, para conocer el mundo en que vivía!” Al que vive en un país los árboles le impiden ver el bosque.

Con informes indirectos, pues, he ido formándome una idea de lo que esa Argentina sea, y cuantas rectificaciones recibo de los que la conocen de vista no hacen sino completar, redondear y corroborar mi idea.

Dos son las principales corrientes por donde esos informes me llegan: la corriente del cosmopolitismo y la corriente del criollismo. Y en cuanto me encuentro con un nuevo informante, de palabra ó por escrito, lo primero que procuro saber es si es cosmopolítico ó criollístico. Ambas tendencias son á modo de dos pares de gafas que modifican la visión correcta; la una, gafas de miope; la otra, gafas de présbita. Y tan mal se ve por corto como por largo de vista.

De lo que todos hablan es del progreso material y económico de esas tierras del Plata, del esplendor de riqueza de Buenos Aires. En libros como *La nación en marcha*, del Sr. Bernárdez, y en otros análogos, podemos formarnos una idea muy completa de ese progreso.

En España tenemos un buen libro para informarnos de semejante aspecto de la República Argentina, cual es *Sangre nueva: impresiones de un viaje á la América del Sur*, de D. Federico Rahola, el que



hizo un viaje en compañía del Sr. Zulueta. Y en general no es difícil formarse concepto de ello, pues es cosa aparente y que entra por los ojos hasta al más miope.

Muy otra cosa sucede cuando queremos adquirir noción del estado íntimo de un país, de su ambiente espiritual, de su carácter típico, de su sociabilidad. Casi todo lo que á este respecto conozco acerca de esa República son trabajos literarios, son literatura, en fin. Y la literatura, mil veces se ha dicho y repetido, no es más que literatura. Desde las obras del género que podemos llamar gauchesco, el *Martín Fierro*, el *Fausto*, el *Santos Vega*, pasando por las novelas de Gutiérrez, y hasta llegar á los últimos cultivadores del criollismo, ya refinado y depurado, creo que conozco lo principal que ahí se ha escrito pintando un mundo que se fué y que acaso no fué nunca tal y como nos lo pintan. He sumergido mi atención también en las obras históricas, empleando horas en leer al general Paz, á Sarmiento, á López, á Estrada, á Saldías, á Juan Agustín García, á Pelliza, y por último me he detenido en trabajos de la índole de *La tradición nacional*, del Dr. González, ó de *Nuestra América*, del Dr. Bunge, con ser tan distintos el uno del otro.

En muchos de estos trabajos, en los más recientes sobre todo, se observa—antes de ahora lo he expuesto—que sus autores, aunque argentinos, ven á la Argentina con ojos europeos. El mundo que les rodea, en el que viven y del cual viven, está juzgado á

través de las doctrinas sociológicas que se extraen de la *Bibliothèque de philosophie contemporaine*, que edita Alcán en París, ó de otra cualquiera biblioteca por el estilo. En algunos, como en el Sr. Ingnieros, pongo por caso, llega esto al extremo.

Añádase la influencia de juicios como los de don Pablo Groussac, v. gr.: un francés que, como buen francés, ha permanecido irreductible al espíritu del país en que radica y vive y juzgando siempre á pueblos de lengua española con un espíritu, el espíritu francés, que jamás ha logrado penetrar en lo íntimo de ellos.

Y de aquí resulta que hoy por hoy, mi primer fuente de información respecto al espíritu de esos pagos es la prensa, y muy especialmente—no se sorprenda nadie—*Caras y Caretas*. La colección de *Caras y Caretas* se me antoja que es un espejo tan fiel del promedio de la espiritualidad, ó inespiritualidad más bien, de la Argentina, y en especial de Buenos Aires, como la colección del *Blanco y Negro* es un fiel espejo de la actual pobreza de espiritualidad en España, y en Madrid sobre todo.

Suele con mucha razón decirse, que cada loco con su tema, y mi tema es la de la espiritualidad, el del estado íntimo de las conciencias de un país, de sus inquietudes supremas, de su situación religiosa, en fin. Con mucha frecuencia, cuando he preguntado á alguno procedente de esos pagos, cómo se siente ahí eso de la religión, me ha respondido: "Allí nadie se ocupa en semejante cosa; harto tienen con ganar di-



nero; si miran al cielo es para ver si va ó no á llover." Claro está que no les he creído, porque sé bien que hay gentes que ocultan sus inquietudes íntimas y sé también que para los más lo religioso creen se reduce á las formas concretas, dogmáticas y rituales, de esta ó de la otra confesión constituída en iglesia. Otros, en cambio, me han hablado de restos de influencia levítica en regiones apartadas, y alguno de las formas del culto, de las juntas de señoras y de toda esa lamentable comedia que hace del catolicismo algo de moda, algo que viste bien, algo de buen tono.

Esto del buen tono, de la buena sociedad, de la *high life*, de las clases honorables, es uno de los peores azotes de los países nuevos, constituídos democráticamente, y que sueñan por una aristocracia.

Los títulos y las condecoraciones les curarían acaso de esa vanidad, hija de superficialidad de vida. El título de doctor ha sustituido al de barón ó marqués. El *snobismo* corroe los espíritus.

No recibo número de *Caras y Caretas* en que no venga la noticia circunstanciada del enlace Fuláñez-Mengáñez; allí se ve el retrato de la novia y el del novio ó el de ambos, saliendo de la ceremonia nupcial, y rodeados de los amigos y parientes. Cosa, por supuesto, que, fuera de éstos, maldito si á nadie le importa un bledo.

Y eso parece delatar un furor insano de exhibición, un furor como el que arrebató á aquel desgraciado á pegarse un tiro para que apareciese luego su

retrato en el semanario en moda. Yo no sé si el hecho, tal y como el semanario lo trajo, fué cierto, pero *si non é vero é ben trovato*, y dice todo lo que puede decirse. Y así como aquel pobre víctima del furor exhibicionista se mató para lograr notoriedad de una semana, es fácil que alguno se case no más que para que aparezca su retrato de bracete con el de la novia.

Y ese morboso furor, hijo de la falta de intimidad y de profundidad en la vida, produce las dos plagas de la entrevista (*interview*) y de la tarjeta postal. Toda la vida parece estar á la superficie, todo parece reducirse á vivir de apariencias. Diríase que las gentes se pasan la mitad de la vida en amasar una fortuna y la otra mitad en comprar con ella vanidad.

Y así se olvida hasta la dignidad de las funciones más graves. Cuando vi un autógrafo de un señor obispo de la iglesia católica apostólica y romana bendiciendo á los lectores del semanario y vi luego un retrato del mismo príncipe de la Iglesia en actitud de bendecirlos, me dije: "Gracias, Dios mío, porque todavía, á pesar de lo hondo del vacío espiritual en que hemos caído, no hemos llegado aún hasta esto; aquí no hay obispo que se preste á semejante cosa." Y recordé las terribles y proféticas invectivas del gran poeta portugués Guerra Junqueiro, en el epílogo, en prosa, á su poema *Patria* y pensé que llegará día en que veremos la instantánea de un sacerdote de moda en el momento de volverse en el sa-



crificio de la misa, para alzar la hostia á la adoración de los fieles.

Estos típicos detalles dicen más acerca del estado íntimo de la conciencia religiosa, ó irreligiosa, de un país, que volúmenes enteros. Y ellos revelan que la vida interior, la vida del espíritu, debe languidecer en un vacío pavoroso, sobre todo en las mujeres.

¡Las mujeres! Este es el problema en los países nuevos, formados por aluvión de gentes de los cuatro extremos del mundo, donde los hombres apenas se cuidan sino de sus negocios. Las mujeres son las que están haciendo el alma de los Estados Unidos; las mujeres las que allí agitan las cuestiones eternas, hasta con su cortejo de extravagancias. Todo el que escribe sobre la gran colmena de la Unión dedica un buen espacio á las mujeres norteamericanas.

La mujer es el verdadero principio de continuidad de un pueblo, el arca de sus más preciadas y más profundas tradiciones. Y en un país que se constituye de nuevo, en un país que lucha por adquirir personalidad—único modo de gozar de verdadera independencia y de lograr duración—; en un país que necesita de una tradición fuerte, como necesita de bien arraigados árboles en sus orillas todo río torrencioso y de incierto cauce; en un país así, pocas cosas, si es que algunas, son más vitales que las preocupaciones que embarguen el espíritu de sus mujeres. Y si su preocupación principal, en las clases adineradas, fuera eso que se llama la vida de sociedad y en que la iglesia está al par del teatro y no es

sino otra forma de éste, si las creencias—á cualquier cosa se suele llamar creer—y el culto formarían parte de las prescripciones del buen tono y de la llamada buena educación, entonces el país en que eso suceda está amenazado de muy serios peligros.

No me atrevo, con los informes que poseo, á entrar más detalladamente en esta materia por lo en ella atañadero á esa joven República, pero hay veces en que al leer ciertas cosas se me ocurre pensar que el bueno de Sarmiento, llevado de su optimismo europeizante, de aquella fe candorosa que sentía por la influencia moral del frac y de los modales que él llamaba civilizados, no previó que pudiera llegar día en que haya que acudir á la barbarie—á la que él llamó barbarie—para curar la que llamaba civilización, y murió sin haber sospechado tal vez que sin el espíritu de Rosas habría perdido á su patria el espíritu de Rivadavia, ó el del mismo Sarmiento.

Porque lo que en éstos era noble entusiasmo de candor progresista, se convierte en otros en un mero *snobismo*.

Me creo en el deber de declararlo honrada y sinceramente. De entre los muchos libros de literatura argentina, y en general sudamericana, que he recibido y sigo recibiendo, puedo separar algunos que no carecen de algún mérito. O algún brillo, ó cierta amenidad, ó diestra imitación de modelos europeos, franceses sobre todo, ú otra cualidad cualquiera que los haga no despreciables del todo y algunas veces, muy raras, aceptables. Pero lo que no se ve en ellos



es intensidad y austeridad de sentimiento, profundidad de espíritu. No parece haber pasado sobre ellos el soplo vivificador de las grandes y nobles inquietudes, de las preocupaciones eternas del trabajado linaje humano.

Y sin este fondo de la inquietud eterna, siempre renovada y jamás satisfecha, de la inquietud que ha producido todas las grandes obras del espíritu humano, sin ese fondo hasta la civilización exterior, la del progreso industrial y comercial, acaba por languidecer. Y á quien desee ver esto tratado con más extensión, le recomiendo los *Principios de la civilización occidental* (*Principles of Western Civilization*), de Benjamín Kidd.

Lo que pierde á los pueblos de lengua española—lo he dicho varias veces en varias formas, y he de repetirlo muchas veces más y en formas nuevas—lo que los pierde es su materialismo, disfrazado de practicismo. No hay nada menos práctico que eso que se llama de ordinario práctico. Y el materialismo se presenta en estos pueblos, en éste y en ese, bajo capa de idealismo á las veces. Las formas de religiosidad son más formas real y verdaderamente materialistas, y lo son las formas de irreligiosidad, derivadas de aquéllas. Los librepensadores españoles profesan un librepensamiento á la católica española; sustituyen la superstición religiosa con la superstición científica—hablan de la Ciencia y de la Razón, ambas cosas en letra mayúscula—y si antes juraban por

Santo Tomás, luego juran por Haeckel ó por otro ateólogo cualquiera del librepensamiento.

“Para progresar en este mundo, es menester no preocuparse del otro.” He aquí una proposición que he oído miles de veces y que me parece un solemne disparate. Un individuo suelto puede muy bien vivir y vivir hasta una noble vida, espiritual, sin tener la preocupación de la otra vida porque el pueblo en que vive y de que vive le da preparados los juegos morales de su conducta, como un parásito vive, sin ciertos sentidos, en el tubo digestivo de un animal superior—según la exacta metáfora de Mr. Balfour, primer ministro que fué de Inglaterra—, pues el tal individuo recibe, en forma de honor ú otro sentimiento, jugos morales elaborados en siglos de cristianismo; pero un pueblo entero no puede vivir hoy sin esa preocupación.

Lo que se dice del Japón al respecto parece ser pura fábula. Tan imposible se haría la vida social si todos se convenciesen de que al morir el hombre se anula la conciencia individual, como imposible se haría si todos estuviesen absolutamente seguros de la existencia de un cielo y un infierno, como los católicos. Es el fondo último de incertidumbre el que en uno y otro caso sirve de resorte moral.

Y como este es un terreno muy profundo y á la vez muy movedizo, vale más que interrumpa aquí estas reflexiones, sin perjuicio de reanudarlas cualquier otro día.

*Salamanca, Septiembre de 1906.*